

*Cuidado con la
Vanagloria*

Min. Oscar L. Mata

CUIDADO CON LA VANAGLORIA

«No recibo gloria de parte de los hombres. Al contrario, yo os conozco que no tenéis el amor de Dios en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís. Si otro viene en su propio nombre, a aquél recibiréis. ¿Cómo podéis vosotros creer? Pues recibiendo la gloria los unos de los otros, no buscáis la gloria que viene de parte del único Dios» (Juan 5:41-44).

Jesús manifestó a aquellos judíos incrédulos que Él no estaba esperando que los hombres le glorificaran, porque Él sabía qué clase de gloria es la que solían dar. Aquellos hombres no tenían el amor de Dios, por lo que la única gloria que podían dar era vana, una gloria apegada a aspectos mundanos.

A pesar de lo que las Escrituras confirmaban acerca de Jesús, ellos prefirieron ignorarlas, pues estaban acostumbrados a honrar a hombres. Ellos adulaban a Herodes, a Pilatos y a todas las autoridades sin importarles que fueran invasores que estaban usurpando sus tierras. ¡Qué contraste! Si Jesús hubiera sido enviado por el emperador romano, de seguro que lo hubieran recibido.

Los líderes religiosos también se adulaban entre ellos mismos y disfrutaban la adulación que otros les daban. De esa cuenta, ellos se quedaban con la gloria que sólo le pertenecía a Dios. ¿Cómo podían creer en Jesús con semejante corazón vanaglorioso?

Por eso, Jesús no recibía la gloria de aquellos hombres, porque realmente era vanagloria.

El apóstol Pablo nos recomienda que huyamos de buscar glorias personales: *«Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo»* (Filipenses 2:3). Todo lo que hagamos, hagámoslo para glorificar a Dios, no para que nos rindan tributo.

¿De dónde viene la idea de búsqueda de gloria personal? *«Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo»* (1ª de Juan 2:16). La vanagloria no proviene de Dios, sino del mundo. Es el mundo el que está acostumbrado a los aplausos y a la adulación.

Jesús no quiso esa gloria del mundo, ¿por qué habríamos nosotros de quererla?